
La categoría blanco/no blanco*

Jorge Guzmán

Estoy entre los que creen (Terry Eagleton, Fredric Jameson, Chris Baldick, entre otros) que los estudios críticos de literatura deben tomar en cuenta el medio en que se producen. O lo que es lo mismo, la cultura en que se producen. Ya sé que el término “cultura” ha sido sindicado por el propio Eagleton en su estudio sobre Raymond Williams como intrínsecamente reaccionario.

Sin embargo, si se lo despoja de excelsitudes y transhumanidades, y se lo entiende simplemente como el habla de una comunidad, se obtiene, me parece, un concepto enriquecido de “cultura”, que engloba todo el muy extenso conjunto de lenguajes que en un determinado momento efectivamente viven en una comunidad: las jergas profesionales, los códigos científicos, el lenguaje de las generaciones que en un momento coinciden en la historia, la lengua de las mujeres como diferente de la que usan los varones, etc., etc. En casos privilegiados, hasta es posible determinar en alguna medida la historia de esos conjuntos, es decir, sus cambios.

Una de las formas concretas en que cabe estudiar los textos regionales si se quiere atender al medio cultural que los produce, es dejarse guiar por nuestra diferencia cultural. Y una de las palabras más frecuentes para mencionar esa diferencia es “mestizaje”. La han usado muchos autores, unos con signo positivo y otros, siguiendo la tradición, afectándola de diversos grados de negatividad. Pero lo más interesante es que se nota una extrañeza en el uso de toda la familia de la palabra “mestizo”. Extrañeza que parece denotar un problema de la conciencia de sí mismos que tienen los hablantes y también un problema de su conciencia de lo propio.

* Este ensayo apareció en la revista chilena *Tópicos*'90, núm 7, oct. 1990

Si nos limitamos a Chile, resulta que el chileno medio (lo mismo que los nacionales de otros países de la región), niegan redondamente que la palabra “mestizo” convenga como predicado a la palabra “chileno”. No somos eso, dicen airadamente. Es decir, no hay conciencia de que al interior de nuestra sociedad tenga validez alguna esa categoría racial. O quizá, más bien, esa conciencia está reprimida porque la mesticidad es demasiado importante en la realidad regional y al mismo tiempo es intolerable.

Sin embargo, esas mismas personas aceptan con toda naturalidad la existencia de otro grupo étnico al interior de su nacionalidad, al que llaman, sin mucha finura conceptual “indio”. Las palabras que se entienden ser predicados propios de “indio” o los sinónimos de “indio” son, además, utilizados, en el diálogo directo, como agresiones, y en general, como valoraciones peyorativas. Todos los afectados por la palabra “indio” y su sistema descriptivo son en conjunto el Otro, el incomprendible, el odiado, el temido, el diferente, el agresor potencial y, por lo tanto, el pausable de toda violencia.

Pero hay datos que hacen dudar de la claridad de esta distinción que repartiría a los chilenos en dos grupos, indios y no indios. Para empezar, entre nosotros, no hay una palabra de contenido abiertamente racial que se oponga a “indio”. Los chilenos, en general, usamos la palabra “blanco” para designar una cualidad física de la piel, una cualidad que caracteriza visualmente a un individuo. Pero no hay duda de que esa conciencia mutilada de la blancura es represión. La estimación del color blanco en la piel humana es desmesurada entre nosotros, y es innegable que está ligada en nuestro sistema de significaciones con unidades culturales muy importantes. Y en efecto, una consideración siquiera superficial, hace ostensible que la blancura de la piel está asociada entre nosotros con la clase social y, por ahí, viene a pertenecer al conjunto de las valoraciones positivas que guían nuestra vida concreta. Pero esta polarización, aparentemente clara, se muestra muy confusa a poco que se la examine y manifiesta más bien su muy complejo funcionamiento.

La generación anterior a la mía utilizaba como insulto la palabra “china” (con menos frecuencia, también el masculino), que se aplicaba, casi siempre, a personas del servicio doméstico. La palabra “china” proviene entre nosotros del quechua, donde significa simplemente “mujer joven”. Su uso insultante se explica por ese mecanismo conocido que hace llamar, en Chile, “coño” a los españoles, porque ellos utilizan mu-

cho la palabra como interjección, “bachichas” a los italianos, porque así nos suena el nombre “Batista” frecuente entre ellos, cuando ellos lo pronuncian.

Lo primero que asombra, sin embargo, en el caso de “china”, es que quienes la usaban como insulto para subordinados sociales, ellos mismos, la utilizaban como epíteto de cariño para llamar a sus amadas. Huella de eso queda en las canciones seudo folclóricas como “El delantal de la china” y en muchas otras, incluso actuales. En esas canciones, de nuevo, el insulto se mudaba en expresión de cariño. En el uso social chileno, la palabra se movía entre el extremo “china de mierda”, en el lado malo, y el extremo “mi chinita” en el otro. La distinción, entonces, entre un “nosotros” formado por blancos puros y un “ellos” que son indios, no corresponde al uso real del lenguaje por parte nuestra. Los hablantes que usaban “china”, podían fluctuar entre la posición de blanco (cuando insultaban a su servidumbre) y la de indio (cuando se acogían a una asombrosa intimidad erótica con sus amadas).

No es infrecuente que esas operaciones de cambio de tema valorativo afecten a los insultos. “Son of a bitch” puede ser, en el inglés de los Estados Unidos, expresión admirativa, como lo prueba su eufemismo “Son of a gun” usado como nombre de un aditivo de lubricantes. Pero lo peculiar de nuestro uso lingüístico es que el insulto tenga una marca racial. Marca que la conciencia reprimida del mestizaje niega que exista, incluso cuando ella constituye lo básico de un insulto. En efecto ¿qué hay que presuponer para comprender el insulto “china”? Era una acusación. Alguna acción indeseada de la servidumbre, enfurecía al empleador hasta el punto de aplicarle una palabra que, en suma, significa: tú eres indio. Eres el Otro. Pero el mismo enfurecido, más tarde, en el calor del afecto por su mujer, podía hacer del ser indio un elemento de su intimidad hogareña, y entonces, la llamaba “mi chinita”.

Sin duda que la historia ha dejado atrás las condiciones sociales que posibilitaban el uso de “china”, palabra que ha desaparecido del habla de las generaciones menos añosas. Pero todavía podemos recordarlas. Primero, en la percepción común, la sociedad chilena está dividida por una línea, tan gruesa y tan vaga como se quiera, pero muy real, que deja a un lado a los que tienen “buena facha”, que son “gente”, que son “gente como uno”, “personas conocidas”, “personas decentes”; del otro lado quedan los que tienen “mala facha”, en otros tiempos “mala traza”, “patitas cortas”, “mechas tiesas”, no son “gente”. En cada gene-

ración, se encuentran diferentes indicadores que los de “buena facha” utilizan como distintivo, pero por corto tiempo, porque los otros se apropiaron prestamente de los signos que los harían aceptables.

Por cierto que la diferencia entre “china” como insulto y “china” como expresión de cariño es producto de la historia y se le pueden señalar algunos condicionantes. Hasta no hace mucho, todos los chilenos habían crecido en el amor de una mujer que pertenecía al lado despreciado de la sociedad. La razón era muy simple. Ellas eran las madres de los chilenos pobres o eran las “mamas” de los chilenos ricos. De modo que todos habíamos crecido amando a una mujer popular, oyendo las historias que ella sabía, asimilando su lenguaje y sus gustos, sometidos a su moralidad, a menudo muy rígida. El resultado de esta relación con mujeres populares era una ambigüedad. Los niños ricos a menudo recibían indicaciones de sus padres sobre la ridiculez o la inaceptabilidad de las ideas o el modo de hablar de la “mama”. Los niños pobres descubrían al crecer que la ideología dominante en la sociedad, las valoraciones respetadas, estaban en contra de las que tenía su propia madre. Esta ambigüedad, creemos, sigue viva, aunque no es tan sencillo señalar su funcionamiento actual.

De estas “mamas” queda huella en la literatura chilena. Recuérdese, por ejemplo, a la Zoila de *La amortajada* de María Luisa Bombal, que recibe muy tiernas menciones de la protagonista, quien guarda, en cambio, de su propia madre una imagen bella, pero distante y un poco hierática, entre perfumes y vestidos finos. Más significativa aún es Perpetua, el importantísimo personaje de *En el viejo almendral*, de Joaquín Edwards. Perpetua se yergue muy por encima de la notable misoginia del personaje narrador, de su clasismo y racismo casi ostentosos, de su repugnancia por los mestizos chilenos. Firmeza, lealtad, bondad natural, sentimientos hermosos, devoción, estricta moralidad son atributos de Perpetua en el discurso del narrador. Los atributos que da el amor, en suma. Lo cual no oculta que entre el narrador y Perpetua, a juicio del narrador, hay diferencia de rango y de raza.

El uso de la palabra “china” se entiende, además, por otra consideración. Sabemos, desde el libro de Angel Rosenblat, que el Rey de España vendía blancura durante la Colonia. En las complicadas posibilidades de mestizaje racial que produjo la convivencia de indios, negros y blancos entre nosotros, algunos que tenían “razonable color” (como dice un mexicano) y habían adquirido fortuna, aburridos de las

restricciones que les imponía el no ser blancos, compraban a la corona los privilegios propios de los europeos, y recibían un documento, firmado por el rey, que decía "que se tenga por blanco". Este uso extraño de la burocracia para vender raza tenía sus fundamentos en la historia misma de la colonización, que hizo acceder, primero, a españoles analfabetos a la calidad de encomenderos, es decir, de señores de siervos, luego a la de funcionarios municipales, luego a la de mercederos de llamarse "don". También debe haber influido el hecho de que la distinción de raza no era muy importante para la conciencia social española. Fue en suelo americano donde creció el racismo que hoy nos afecta a todos. En otras palabras, la jerarquización peninsular se deshizo en América por la fuerza de las cosas. Lo importante es que la venta de blanca muestra clarísimamente que entre nosotros la pertenencia al lado blanco de la sociedad se asoció desde temprano a la riqueza. Y sigue asociada. El blanco es rico, el rico es blanco.

Los chilenos que decían "chinas", los que habían pasado la infancia amando la forma física de sus madres o de sus "mamas", y en el amor se habían asimilado también buena parte de la cultura de esas figuras maternas, amaban muchísimos componentes del código chileno que la capa dominante de la sociedad despreciaba ostensible y ostentosamente, porque los había marcado con un sema peyorativo racial. Eso les permitía insultar y amar con la misma palabra "china".

Ha terminado para la sociedad en general el tiempo de las "mamas". Está en crisis hasta la propia cultura campesina que traían desde las provincias las muchachas que emigraban a la ciudad para criar a los niños adinerados. Y, sin embargo, la realidad de la pertenencia a dos sistemas valorativos opuestos sigue vigente. Conozco más de un caso de muchachos o niñas, hijos de mujeres de extracción popular y de padres adinerados, que fluctúan en la relación con sus madres, entre el insulto soez ("usted es una vieja de mierda callampera"; sinónimo actual de "india") y la más arrebatada ternura. En ese extremo, suelen ser casos de atención médica.

Estas observaciones, me parece, son un asomo a la fenomenología de la mesticidad cotidiana nuestra. A nivel existencial, puede decirse que todos somos mestizos, porque nuestra cultura es mestiza. Todos vivimos oscilando entre la valoración positiva, enternecida, de palabras que tienen uno o más componentes raciales, y su feroz rechazo.

Sin embargo, en cuanto se intenta utilizar el concepto de mesticidad en empresas concretas de análisis textual, se revela o mal formulado, o

estrecho o deformante. La razón, a mi juicio, es que la palabra "mesticidad" simplemente no puede purgarse de fortísimos contenidos ideológicos. "Mesticidad" presupone, en el habla fraseológica, no en la abstracta, padre perteneciente a una raza que ha alcanzado un nivel de desarrollo superior, madre perteneciente a una raza atrasada en su desarrollo. Es decir, el color físico ha llegado a ser, en el mundo entero, marca de pertenencia a una comunidad, y como los triunfadores en la pugna histórica de los últimos cinco siglos han sido de países de población rubia, mestizaje es esencialmente el producido entre rubios (que aportan el componente preferido) y coloreadas (que aportan el componente despreciado). Es muy difícil manejar útilmente una palabra así en terrenos teóricos.

Si aceptamos, en cambio, que nuestra pertenencia a la comunidad está transida de elementos significativos marcados por categorías raciales y que nuestra relación de hablantes con esos elementos es oscilante (como en el caso de "china"), hallamos de inmediato una vía de solución. Se trata, al revés, de pertenecer a una comunidad que, por su historia, ha desarrollado un código en que lo racial está en continua transformación (y un día, ciertamente, desaparecerá). No se trata, repítamoslo, de contenidos sustanciales que hagan a alguien mestizo, sino de que lo racial presente en la comunidad es una categoría. En virtud de la vigencia de esa categoría, un chileno de la generación anterior podía entrar en relación enamorada con una entidad precisamente porque ella tenía una marca de "china", y luego, entrar en relación enfurecida con otra entidad (o hasta con la misma), precisamente porque tenía la misma marca. Ahora bien, manifiestamente, el insultado podía bien no ser "indio" en absoluto, lo mismo que la amada podía perfectamente ser de origen puramente europeo. Lo que permitía la operación, pues, era simplemente una categoría que sobre la base de la historia nacional y la historia mundial, había puesto en vigencia una estructura categorial que puede formalizarse en la fórmula blanco/no blanco. Esta manera de formalizar la mesticidad, le quita todas las dificultades prácticas y teóricas que impiden su uso en empresas textuales. Mestizo es, entonces, todo el que pertenece a una comunidad semiótica donde rige la categoría blanco/no blanco.

Una vez formulada así la categoría, empieza a hacerse notoria su vigencia en textos de los más diversos lugares y géneros, textos que, por ello, se hacen por primera vez legibles en su diferencia. Si se leen a esta

luz los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso, se es testigo del momento exacto en que el gran mestizo se hizo cargo de su mesticidad, al narrar su experiencia de una piedra aurífera y advertir que para él, por ser al mismo tiempo indio y español, la piedra que miraba había sido a la vez dos objetos distintos: un tesoro y una entidad religiosa alarmante. El mundo económico de una novela de Carlos Fuentes, *La región más transparente*, manifiesta que uno de los personajes estaba motivado en sus afanes de enriquecimiento por la urgencia de escapar del lado no blanco de la sociedad mexicana; lo primero que este personaje nota el día mismo en que pierde su fortuna, es que la pobreza le ha cambiado físicamente y lo ha convertido, en minutos, en “un indio gordo”. Las desgracias políticas de la Argentina le parecen a Domingo Faustino Sarmiento, en *Conflicto y armonías de las razas en América*, producto de la prevalencia del elemento no blanco en la sociedad de su país, de manera que la famosa oposición entre civilización y barbarie viene a ser, en verdad, oposición de lo blanco y lo no blanco en la historia argentina. El mundo chileno o, más precisamente, porteño, en la citada novela de Joaquín Edwards, *En el viejo almendral*, aparece organizado también por la oposición blanco/no blanco. La lista podría alargarse casi indefinidamente.

Si se analiza el contenido de las obras citadas, queda claro que se trata de una oposición categorial, y no de contenidos que pudieran indicar la existencia de alguna cualidad sustancial que permitiera llamar “mestizos” a estos libros en conjunto. Si lo son, ello proviene de que está presente en cada uno el componente racial, pero simplemente en la forma de una estructura categorial que organiza contenidos diversos. Como ejemplos pueden mostrarse los casos de Garcilaso y Sarmiento. Para Garcilaso la categoría blanco/no blanco consiste en la oposición entre la lengua española y la lengua quechua. Para Sarmiento, la oposición pone en el lado no blanco a los españoles junto con los indios, y en el lado blanco, a los norteamericanos.

Los ejemplos anteriores se ofrecen como una muestra fácilmente comprobable de la vigencia de la categoría blanco/no blanco. Un análisis de los textos cotidianos de casi cualquier campo imaginable, se presta, en nuestra experiencia, a un análisis semejante. Ya se trate de la arquitectura, del erotismo, del manejo económico, de conductas políticas, de la conducta respecto de los útiles, del uso del tiempo libre, hasta de la vestimenta, nosotros vivimos orientando nuestras preferencias, nuestros rechazos y nuestras ambigüedades según la polaridad que proponemos.

En el trabajo profesional, la especificación de la categoría blanco/no blanco nos ha servido para concretar la decisión teórica de comprender los textos latinoamericanos desde nuestra diferencia. Sin duda que otras categorías diferenciales esperan a ser formuladas. Creemos sinceramente que, si no emprende esa tarea, el trabajo sistemático con nuestros textos está condenado a repetir el gesto de conocimiento que ha castrado de su diferencia a tantos de nuestros mejores textos literarios.

Un ejemplo para terminar. César Vallejo es admitido universalmente como uno de los mayores poetas latinoamericanos. Como se sabe, Vallejo era nieto de curas católicos españoles por ambos lados; su padre y su madre eran hijos de sacerdotes e indias chimú. Nació y pasó su niñez y buena parte de su adolescencia en Santiago de Chuco, pueblito serrano tan apartado, que costaba tres días a caballo alcanzarlo desde la estación de ferrocarril más cercana. Pero si se revisa la mucha bibliografía crítica sobre su poesía, apenas se hallarán tres o cuatro autores que, casi de pasada y vagamente, atribuyan algún rasgo de su poesía (la tristeza, la ternura) a su origen. Y cuando lo hacen, hablan de "indio". Nótese, no de mestizo étnico y cultural, sino de una fantástica condición de indio. Excepto José Carlos Mariátegui, los pocos autores que mencionan su diferencia, no la incorporan al estudio concreto de los poemas. Varios de los estudios que se le consagran, empiezan declarando que sólo en sus primeros poemas hay huella de su origen serrano.

Aplicando criterio diferencial al estudio de su poesía, se encuentra que en todos sus poemarios está presente la categoría blanco/no blanco, y que de ella proceden las características del erotismo en muchos poemas, como también el contenido de palabras importantísimas en toda cultura, como padre, madre, mujer, hombre, hogar. En los últimos años de su vida, Vallejo ingresó al partido comunista. El último poemario que preparó para publicación, *España, aparta de mi este cáliz*, muestra que incluso su comprensión de la utopía política pertenece enteramente al dialecto peruano y está orientada por la categoría blanco/no blanco.